

FUENTE: HOTTOIS, Gilbert. Historia de la filosofía del Renacimiento a la Posmodernidad. Traducción de Marco Aurelio Galmarini. Madrid: Cátedra, 1999, pp.71-85.

LOS RACIONALISMOS EN LA ERA CLÁSICA

Contrariamente a una idea todavía muy extendida, la modernidad clásica dista mucho de presentar un rostro unitario y monótono. Esta profunda diversidad de la referencia a la Razón se ilustra en los tres “grandes” del racionalismo de la era clásica: Descartes, Spinoza y Leibniz.

RENÉ DESCARTES Y LA INSTITUCIÓN DE LA RAZÓN MODERNA CLÁSICA

- Fundación de la ciencia físico-matemática
- La duda, el cogito, la existencia de dios y la veracidad divina
- Una moral provisional al servicio de la ciencia
- El origen del materialismo y el idealismo modernos
- Entre el saber teórico y la dominación de la naturaleza

PALABRAS CLAVE. Certeza, cogito, determinismo, dios, duda metódica, dualismo, evidencia, física matemática, fundamento, idea innata, idealismo, libertad, materialismo, mecanicismo, método, modernidad, monologismo, moral provisional, movimiento, pensamiento analítico, racionalismo, razón, reduccionismo, sustancia extensa y substancia pensante, universalidad, veracidad divina.

1. EL MÉTODO DE LA CIENCIA

Una de las claves del espíritu moderno es la voluntad de encontrar un método seguro para aumentar el saber y el poder de los hombres sobre la naturaleza con el fin de mejorar su condición. Descartes (1596-1650) se consagra a esta tarea en el dominio del

conocimiento y, con menos éxito, en el de la decisión y la acción (la moral). A ello dedica principalmente: *REgulae ad directionem ingenii* (1628) y *Discours de la méthode* (1637).

“Entiendo por método un conjunto de reglas ciertas y fáciles, gracias a cuya exacta observación se podrá tener la certeza de no tomar nunca lo falso por verdadero y, sin malgastar las fuerzas del espíritu, sino acrecentando su saber por un progreso continuo, llegar al conocimiento verdadero de todo lo que se es capaz” (Reglas)

El método exige el rigor y la certeza, la seguridad de progresar de manera cuasi automática hacia la verdad. La ciencia, producida de esta manera metódica, hará a los hombres “dueños y señores de la naturaleza” (DM)

El modelo matemático del método.-

Muy pronto cree encontrar Descartes en las matemáticas, que le gustaban ya en el Colegio, debido a la “certeza y la evidencia de sus razones” el modelo de lo que busca. En efecto, en ellas descubre:

- Una experiencia segura de la verdad, a la que son ajenos el error y la duda: la evidencia
- El ejemplo de un método analítico, porque quiere partir de lo simple, y demostrativo (o deductivo), porque permite avanzar de lo simple a lo compuesto, o de las premisas a las conclusiones, de manera ordenada y necesaria. Hablamos de las “largas cadenas de razonamiento”, en las que cada eslabón se articula con el anterior y con el siguiente de manera firme y evidente.

Son precisamente estas virtudes de las matemáticas lo que las “cuatro reglas del método” se esfuerzan en generalizar como el método universal de adquisición de una ciencia universal. He aquí el famoso texto:

“consistía el primero (precepto) en no admitir jamás como verdadera cosa alguna sin conocer con evidencia que lo era; es decir, evitar cuidadosamente la precipitación y la prevención y no comprender, en mis juicios, nada más que lo que se presentaba a mi espíritu tan clara y distintamente que no tuviese motivo alguna para ponerlo en duda.

El segundo, en dividir cada una de las dificultades que examinare en tantas partes como fuese posible y en cuantas requiriese su mejor solución.

El tercero, en conducir ordenadamente mis pensamientos, comenzando por los objetos más simples y más fáciles de conocer, para ir ascendiendo poco a poco, como por grados, hasta el conocimiento de los más compuestos; y suponiendo un orden entre aquellos que no se preceden naturalmente unos a otros.

Y el último, en hacer en todo enumeraciones tan completas y revisiones tan generales que estuviera seguro de no omitir nada”
(DM)

La unidad de las ciencias.-

D cuenta que en 1619 tuvo unos sueños de los que extrajo una doble convicción: la de la unidad de las ciencias y la del acuerdo esencial entre las leyes naturales o físicas y las leyes matemáticas. La unidad de las ciencias se presenta en el Prefacio a los Principio de la filosofía (1644) bajo la forma del “árbol del saber”

El postulado de la unidad de las ciencias tiene enorme importancia para la concepción de la ciencia moderna. Entraña un reduccionismo, pues debe ser posible reducir todas las formas y todos los dominios del saber (ya se trate de la materia o del ser vivo, de la naturaleza terrestre o de los astros) a la unidad de un mismo método de adquisición y a la unidad de las mismas leyes fundamentales.

La unidad de la ciencia se funda en la unidad y la universalidad de la razón. Esta razón, que el método ha de orientar, es:

- Analítica: conocer una cosa es poder descomponerla en sus elementos y reconstituirla a partir de éstos. En un todo no hay nada más que en la suma de sus partes combinadas según un cierto orden.
- Lógica y binaria: se acomoda a los tres principios básicos de la lógica clásica (principio de identidad, de no contradicción y de tercero excluido).

Es evidente que la unidad de las ciencias postula la unidad de lo real por conocer. Ésta hace referencia a la segunda convicción que se desprende de los mencionados sueños: el acuerdo entre realidad y matemática.

El paralelismo físico-matemático y el determinismo mecanicista universal

La intuición de un acuerdo entre lo real y las matemáticas y la posibilidad de conocer matemáticamente lo real se expresa también en los trabajos científicos de Descartes, sobre todo en:

- El desarrollo de la geometría analítica, que pone de manifiesto la correspondencia entre los números y las formas espaciales (conversión de las curvas en ecuaciones).
- Las investigaciones acerca de la refracción de la luz: fórmulas matemáticas de trayectorias de los rayos luminosos.

La ciencia universal del movimiento.-

Descartes conocía los trabajos científicos (como los de Galileo) que demostraron la posibilidad de aprehender matemáticamente las leyes que rigen los cuerpos en movimiento. Esta ciencia matemática del movimiento es la mecánica. Descartes la generaliza y afirma el mecanicismo o mecanicismo universal: piensa poder explicarlo todo

con ayuda de las nociones de espacio homogéneo y cuerpos materiales y del cálculo de los movimientos de esos cuerpos y sus interacciones en forma de choques. Si todo fenómeno es explicable mecánicamente, es el efecto de una causa antecedente y eficiente que lo determina rigurosamente. Por tanto, también todo fenómeno es predecible para quien conoce las leyes mecánicas y dispone de todas las informaciones relativas al estado del sistema en el cual el fenómeno tiene lugar. El mecanicismo universal es un determinismo universal para el cual la predicción del futuro es cuestión de cálculo.

La teoría universal de las máquinas.-

Se llama mecánica tanto a la teoría del movimiento como a la teoría de las máquinas. Sostener el mecanismo universal es introducir una analogía entre el universo y una máquina gigantesca. Pero esta analogía se aplica igualmente a los detalles, a todas las partes y organizaciones particulares del universo material. Los seres vivos, por tanto, son autómatas. Esta afirmación es válida también para el ser humano en lo que respecta a su cuerpo, que es una máquina hidráulica recorrida por fluidos y corpúsculos en movimiento. Al separar estrictamente el alma y el cuerpo y al aplicar a éste el mecanismo universal, Descartes anuncia la reificación (u objetivación) del cuerpo (y, en consecuencia, del ser humano entero apenas se debilita la creencia en la existencia de un alma sustancial), despeja el camino a la captación experimental que la ciencia realiza de un cuerpo humano cada vez más desacralizado y “des-animado”, y prepara desde muy lejos la medicina experimental (Claude Bernard en el siglo XIX) y la biomedicina contemporánea.

Pero la analogía de la máquina se aplica también a los animales, lo que tiene como consecuencia la negación del sufrimiento animal por parte de ciertos cartesianos, que comparan los gritos de dolor con los chirridos de engranajes (la teoría de los “animales-máquina”).

Aun cuando las tecnociencias contemporáneas no comparten ya este simplificador determinismo mecanicista universal, la relación que las liga a lo real —en particular al cerebro— tiene una deuda enorme con él. Se trata de una relación fundamentalmente técnica y

operativa: lo más común es que se trate lo real como si estuviera compuesto por máquinas, es decir, por construcciones susceptibles de descomponer, manipular, reconstruir de otra manera y, eventualmente, mejorar.

2. EL FUNDAMENTO DEL MÉTODO Y DE LA CIENCIA

Si, en el futuro, lo importante es disponer del método y aplicarlo para acrecentar cada vez más el saber, y aun cuando Descartes albergue la convicción de la unidad de las ciencias y del acuerdo físico-matemático, se considera obligado a preguntarse si esas convicciones y el método mismo no se apoyan en una ilusión. Así, Descartes reprocha a Galileo –con quien comparte el proyecto de una física matemática, no haber reflexionado filosóficamente sobre los fundamentos de la ciencia nueva. Por tanto, es imprescindible plantear la cuestión de saber si la ciencia está bien fundada. Con este interrogante, la filosofía recupera sus fuerzas. Pero, atención: su papel consistirá exclusivamente en asegurar el fundamento del saber (las raíces metafísicas del árbol). Una vez cumplida esta misión, la filosofía ya no parece necesaria: basta con el método y la ciencia.

La problemática del fundamento filosófico de la ciencia es típico de la modernidad y se prolongará hasta el siglo XX. Mediante el rodeo de la cuestión del fundamento de la ciencia, los filósofos han mantenido un papel capital en la empresa occidental del saber, papel que los practicantes y los actores de la ciencia y de la técnica modernas han estado muy lejos de reconocerles siempre.

La problemática del fundamento de la ciencia aparece en el DM, en las Meditaciones, y en los Principios. Las grandes etapas de esta reflexión metafísica son: la duda, el cogito, Dios, la veracidad de un Dios creador del mundo y de la razón.

La duda.-

La duda cartesiana no es pasiva ni complaciente. Es más bien un instrumento o un método para desvelar lo absolutamente cierto. La finalidad de la duda conducida de manera metódica es su

autodestrucción, pues debe conducir a lo indudable. La duda cartesiana es voluntario, deliberada y artificial: se trata de descartar decididamente todo lo que ofrezca el menor resquicio a la incertidumbre, todo aquello a cuyo respecto se pueda concebir o imaginar una duda.

La virulencia de esta duda culmina allí donde Descartes ataca lo que, no obstante, trata de salvar: la verdad matemática. Incluso aquí es concebible una duda, pues se puede imaginar que existe un dios falaz, un genio maligno que se dedicara sistemáticamente a tergiversar nuestros razonamientos y nuestras evidencias matemáticas, de manera que lo falso nos pareciera verdadero.

De esta suerte, bajo el efecto de esta duda hiperbólica, el modelo mismo de la certeza y de la evidencia se vuelve incierto, ilusorio, infundado. Si se quiere salvar la evidencia matemática, es menester fundarla en otra cosa que en sí misma.

El cogito.-

“Yo” puedo, sin duda, dudar de la realidad de todo, pero no de mi duda misma. Pues el dudar de mi duda termina por reforzarla. Ahora bien, dudar es pensar, en consecuencia, no puedo poner en duda la existencia de mi pensamiento, esto es, de ese yo que piensa. En efecto dudar de mi pensamiento es pensar y, por lo tanto ser: “Cogito ergo sum, pienso luego existo”.

O incluso: aun cuando un genio maligno me engañara en todo, es necesario que ese yo del que él se burla exista, a falta de lo cual no podría engañarlo. Si el sujeto que piensa y que reflexiona tiene una certeza absoluta, es la que su propia existencia en tanto sujeto (o sustancia) pensante. El nexo entre pensar y ser es necesario e indefectible. La evidencia reflexiva o especulativa del pensamiento que se aprehende de manera inmediata y absoluta como existente es el origen del idealismo moderno. Éste entraña la primacía ontológica absoluta del pensamiento o del espíritu o del sujeto pensante o, incluso, de la experiencia especulativa: primacía en relación con la materia, el objeto, el mundo, la experimentación sensible.

Pero el punto de vista de Descartes, el idealismo, si bien libera de la duda, no resuelve el problema. A lo que aspira Descartes es a garantizar la ciencia, que él concibe en referencia a una realidad objetiva exterior al yo que piensa. El cogito encierra el sujeto pensante en la evidencia absoluta de su propia conciencia en tanto pura sustancia espiritual. Entonces, ¿cómo pasar de la evidencia del cogito a las evidencias que conciernen a la existencia y a las estructuras del mundo? ¿cómo fundar, sobre la base de la evidencia especulativa del cogito, las evidencias matemáticas y su adecuación a la realidad física?

Dios.-

El racionalismo cartesiano no es ateo. En realidad, tiene necesidad absoluta de dios para culminar su operación fundadora. Descartes introducirá pues a dios –probará la existencia de dios- con ayuda de un argumento que él presenta como absoluta y universalmente racional y válido, pero que es incomparable con la fuerza del cogito. He aquí esas pruebas:

- La idea de dios, esto es, de un ser infinito y perfecto, no puede ser el producto (quimérico) de mi propio pensamiento finito e imperfecto, pues el contenido de un efecto no puede ser mayor que el de su causa. Por tanto, la idea de dios no puede provenir sino de dios mismo, único origen conmensurable con esta idea.
- La idea de un ser absolutamente perfecto implica su existencia, pues en caso de no existir, este ser padecería de una imperfección que lo invalidaría. La existencia de dios está contenida en la idea de dios como la noción de ángulo está comprendida en la de triángulo o como de ésta puede deducirse el teorema de la “suma de los ángulos es igual a dos rectos”. Este argumento es una variante de la prueba de la existencia de dios inventada en el siglo XI por San Anselmo (en la tradición idealista agustiniana) y que Kant, que la critica, llamará “prueba ontológica”.

Con el fin de comprender el abuso de razonamiento de Descartes, es preciso advertir la diferencia entre:

- La evidencia reflexiva o especulativa: hay una evidencia que concierne a nuestros pensamientos. No puedo dudar de tener tal pensamiento, tal imagen mental en el momento en que los tengo, es decir, cuando se me aparecen. Pero esta evidencia de la apariencia no garantiza que esos pensamientos o representaciones sean adecuados o verdaderos. No puedo dudar de ellos como pensamientos, pero los pensamientos pueden más fácilmente ser quimeras que representaciones verdaderas de lo real. La única evidencia reflexiva o especulativa que permite sostener la existencia segura de una realidad es el cogito, pero lo real que de esta manera se sostiene no es otra cosa que el pensamiento mismo que soy cuando pienso. En cuanto al resto, no porque uno se imagine centauros, éstos existen; no porque pueda yo representarme leyes matemáticas, éstas reflejan la naturaleza de las cosas.
- Las evidencias objetivas: conciernen a la relación de las ideas o los pensamientos con lo real, así como la fidelidad con que representan la realidad exterior al sujeto penante. Conciernen, pues, a la verdad objetiva de las ideas. Cuando mi espíritu se aplica a la demostración a priori de una ley mecánica, o cuando me hago una idea evidente de la esencia atómica de la realidad material, ¿cuál es la garantía de que esos pensamientos no sean puras fantasías, productos de la imaginación desprovistos de todo valor y realidad no meramente imaginaria?

Para Descartes, el problema es fundar la evidencia objetiva, fuente del saber científico. Pero para ello no habría que apelar a evidencias objetivas en el nivel de la fundación. Desgraciadamente, las pruebas de la existencia de dios son evidencias con pretensión objetiva, puesto que conciernen a un ser diferente del yo que piensa. El cogito es la única evidencia-experiencia inmediata del yo pensante mismo. La evidencia que concierne a dios es del mismo tiempo que la que concierne a las matemáticas, pero menos convincente, pues no podemos hacernos una idea clara y distinta de dios y sus atributos mientras que sí podemos hacérsola a propósito del triángulo.

Se puede descomponer de la siguiente manera el vicio de razonamiento:

- Descartes quiere fundar la evidencia objetiva apelando a la existencia de dios.
- Las evidencias que invoca a favor de esta existencia son del mismo tiempo que las que trata de fundar.

Por tanto, nos encontramos ante un círculo o una petición de principio. En efecto, Descartes utiliza a propósito de la idea de dios, la experiencia de evidencia que trata de fundar con ayuda de Dios. Únicamente la evidencia especulativa del cogito es de otro tipo, pero no puede servir de ayuda, pues no permite salir del sujeto que reflexiona, sino, como máximo, reconocer que el sujeto tiene ideas (que se le aparecen como tales). No permite establecer el valor de verdad de esas ideas, la realidad de lo que representan.

La veracidad divina.-

Si se supone establecida la existencia de un dios perfecto, se tiene el fundamento buscado. En efecto, un dios perfecto (bueno y todopoderoso) no puede engañar: ha de ser forzosamente veraz o verídico. No puede haber creado el entendimiento humano sin acordarle un contenido (las “ideas innatas”) y un modo de funcionamiento (deducción) válidos. El error y el engaño son posibles a causa de la libertad humana, que es falible; pero si utilizo correctamente mi razón, no puedo engañarme. Ahora bien, el criterio de ese buen uso es la experiencia de la evidencia que ahora está garantizada por la veracidad divina, a prueba de todo “genio maligno”. La evidencia, por tanto, no es engañosa: es Dios mismo quien asegura los conocimientos adquiridos en la aplicación de las reglas del método.

Las dos sustancias y el paralelismo físico-matemático

La evidencia de las ideas claras y distintas está garantizada por Dios. Ahora bien, puedo hacerme una idea clara y distinta de una sustancia corporal (o material), extensa,

divisible, que obedece a las leyes de la geometría y de la mecánica, y no pensante. Esta sustancia es absolutamente distinta de la sustancia espiritual, pensante y libre. Por tanto, su modo de existencia es necesariamente autónomo: es el mundo material. La ciencia verdadera de este mundo es posible y está asegurada: será geométrica y mecánica, físico-matemática, producida por el buen uso metódico de la razón y garantizada por la veracidad divina. Cada vez que mi razón me permite distinguir con evidencia nociones claras y encadenarlas rigurosamente (por deducción o demostración) sobre la escena de la representación (en el pensamiento), estoy seguro de que a ello corresponden cosas y encadenamientos de cosas en el plano de la realidad física. Dios garantiza el acuerdo o la homología entre, por una parte, la sustancia espiritual en su actividad de conocimiento y, por otra parte, la sustancia extensa conocida. Ése es el paralelismo físico-matemático que otorga a la ciencia una garantía literalmente onto-lógica.

3. LA CUESTIÓN DEL HOMBRE

En resume, Descartes resuelve el problema de la relación entre las dos sustancias en el plano del conocimiento apelando a la metáfora del espejo: gracias a Dios, las estructuras del mundo se reflejan en las formas de la razón humana. Así concebida, la relación del conocimiento no implica ninguna interacción entre las dos sustancias: hay un isomorfismo a priori, y mediante la inspección de sus propias estructuras y leyes (sus “ideas innatas”) la razón conoce las leyes del mundo.

Considerado desde el punto de vista del sentir y del actuar, el ser humano (compuesto de cuerpo y alma) plantea un problema completamente distinto. La existencia humana es la única realidad en que se encuentran e interactúan las dos sustancias, que la razón sólo puede concebir como radicalmente distintas. Se trata de un hecho de experiencia. Pero ¿cómo concebir semejante relación efectiva entre dos entidades ontológicamente distintas? Las

categorías conceptuales del racionalismo dualista de Descartes no permiten pensar ese nudo –que es el ser humano-, y este filósofo llegará a dejar entender que este misterio (el de la unión del alma y el cuerpo) escapa a la filosofía (cartas a la princesa Elisabeth). Por tanto, no niega la existencia del problema:

- En el nivel del sentir(se): el alma racional no está en el cuerpo de la misma manera que en el resto del mundo: si no fuera así, no sentiría un dolor como propio de manera inmediata, sino que lo deduciría o lo comprobaría a la manera en que un piloto descubre una avería en su navío. En otros términos, Descartes no llega a volcar por entero el sentir(se) (sensaciones, sensibilidad, sufrimiento, afectividad...) en el activo del pensamiento puro, lo que significa que no niega su dependencia insuperable respecto del cuerpo que el yo que piensa, más que tener, también es.
- En el plano de la voluntad y de la acción: la libertad es esencial para Descartes. En efecto, es uno de los atributos principales de la sustancia espiritual en oposición a la sustancia extensa, que es determinada. Ahora bien, la realidad de mi libertad implica una causación directa y efectiva de los movimientos de mi cuerpo por la voluntad de mi espíritu. Pero ¿cómo concebir la relación causal efectiva entre los dos órdenes de realidades radicalmente distintas y que no admiten una tercera realidad intermedia (principio del tercero excluido)?

Esta dificultad del dualismo volverá a plantearse en todos los pensadores racionalistas poscartesianos. Lo más frecuente es que para resolverlo se eche mano a una suerte de “armonía preestablecida” (Leibniz) por Dios entre las sustancias, que, en resumidas cuentas, no hace sino prolongar el paralelismo ontológico en el dominio del tiempo y del devenir. Así, el ocasionalismo del Padre Malebranche (1638-1715) establece una especie de sincronía entre los acontecimientos del alma y las acciones del cuerpo. Entre el alma y el cuerpo no hay interacción, sino coordinación, acuerdo asegurado por Dios. Ese movimiento del

cuerpo no tiene como causa tal o cual intención del alma, sino como ocasión de su producción. De la misma manera, tal o cual afecto del alma no es provocado por tal o cual acontecimiento corporal, sino que tiene lugar con ocasión de éste. No es que el cuerpo actúe sobre el pensamiento: es que Dios quiere que yo tenga tal o cual pensamiento con ocasión de tal o cual estado de mi cuerpo.

4. MÉTODO Y MORAL

Evocar la libertad, la voluntad y la acción es evocar la problemática moral y preguntarse si la razón puede orientarnos en el dominio práctico de la misma manera que nos orienta en el dominio del conocimiento.

Descartes no tiene ninguna duda al respecto, y por eso la moral es una de las ramas más importantes del “árbol del saber” que hunde sus raíces en la metafísica. Su finalidad es elaborar para la acción (elección, decisiones) un método tan seguro como para la adquisición de la ciencia. Tiene, pues, el sueño de una metodología y de una ciencia de la moral susceptibles de decirnos, en general (teoría de las normas y de los valores) y en el detalle (aplicación a la existencia cotidiana), qué hay que hacer y qué no se debe hacer.

Pero Descartes sólo logra elaborar una moral provisional, justificada por la necesidad de actuar y de orientarse mientras se termina de levantar el edificio de la ciencia verdadera.

He aquí los principios de la moral provisional, que se formulan en la tercera parte del Discurso:

- Conformismo y moderación: obedecer las leyes y costumbres del país al que se pertenece, huir de las opiniones extremas. Esta actitud parece justificarse por el estado de incertidumbre en que uno se encuentra
- Firmeza en las decisiones: puesto que no hay nada seguro, pero hay que tomar decisiones, conviene atenerse con firmeza a las que se adopte, ya que de lo contrario se convierte uno en juguete de vacilaciones, oscilaciones, lamentaciones, remordimientos, indecisiones... y se corre el riesgo de girar un círculo (Descartes evoca al viajero

perdido en un bosque, que debe escoger una dirección y atenerse a ella).

- Cambiarse a sí mismo antes que querer cambiar el mundo: principio de sabiduría estoica coherente con la primera regla.
- Cultivar la razón y progresar en el conocimiento de la verdad.

Esta cuarta máxima expresa el verdadero valor o la verdadera norma que inspira la ética cartesiana: el bien supremo de la existencia es la adquisición de un saber cierto. Incluso es legítimo considerar que las otras tres máximas tienen la única finalidad de asegurar un modo de existencia y una tranquilidad que permitan consagrarse íntegra y metódicamente a tareas científicas y filosóficas. Por muchos rasgos, la moral cartesiana recuerda la sabiduría antigua y el ideal de la vida teórica.

5. IMPORTANCIA Y LÍMITES DE LA MODERNIDAD CARTESIANA

Enorme ha sido la influencia de Descartes sobre la filosofía moderna. Las dos grandes tendencias filosóficas opuestas que habrán de repartirse la modernidad hunden sus raíces en el dualismo cartesiano que subraya, con la misma radicalidad, la autonomía del espíritu y la de la materia. Estas dos corrientes son el idealismo y el materialismo. El idealismo culmina en la filosofía alemana del siglo XIX y se prolonga en la fenomenología y la hermenéutica del siglo XX. El materialismo se asocia sobre todo a los desarrollos de las ciencias y las técnicas y a la concepción determinista-mecanicista del universo que culmina igualmente en el siglo XIX.

El pensamiento cartesiano es además fuente de la formulación moderna de la relación entre la filosofía y la ciencia en vías de hacerse autónoma. Esta relación adquiere la forma de una empresa de fundación de la ciencia por la filosofía. Pero esta empresa es ambigua y expresa una relación profundamente problemática, tensa y ambivalente entre filosofía y ciencia. En

efecto, al tratar de fundar la ciencia, la filosofía parece poner a su servicio; pero al mismo tiempo deja entender que la ciencia tiene imperiosa necesidad de la filosofía. En el curso de los siglos posteriores y hasta incluso en el siglo XX, la filosofía occidental conservará esta ambivalencia respecto de la ciencia y se perpetuará en, por y a pesar de ella. En esta problemática se trata de la relación ciencia/filosofía y no sólo de saber a cuál de ellas –si a la filosofía o a la ciencia- le corresponde la última palabra. Pero, más profundamente, se trata de saber si de lo que se trata prioritariamente en nuestra civilización es de palabras.

La relación de Descartes con la ciencia moderna es ambigua y, desde otro punto de vista, deficiente. Su concepción del saber margina mucho la experiencia. La modalidad principal de desarrollo de la ciencia es deductiva, reflexiva, a priori. A pesar de la afirmación relativa al dominio progresivo del mundo material, su moral mantiene un ideal teórico (cuasi contemplativo). La ciencia cartesiana, por tanto, habría sido logoteórica al modo antiguo si no hubiera retenido la lección de Galileo sobre el carácter matemático de las estructuras y de las leyes de la naturaleza y si su concepción rigurosamente mecanicista del universo no hubiera abierto la vía (teórica) a una ciencia predictiva segura, así como a la intervención y el control técnicos sobre el curso mecánico de las cosas. Además, la libertad humana, que Descartes concibe como radical, hace teóricamente posible una emancipación y una dominación ilimitada del hombre en relación con la naturaleza. Esta cuestión de la libertad pone de manifiesto toda su amplitud en el marco de un debate filosófico-teológico de la era clásica. Se trata de la cuestión de si en dios tiene primacía la voluntad o el entendimiento. Si predomina éste, la libertad divina está limitada a priori. Si predomina la voluntad, la libertad resulta infinita, abismal. En esta discusión, Descartes se inscribe del lado de la primacía de la voluntad o de la libertad sobre el entendimiento o la razón. La suma de los ángulos de un triángulo es igual a dos rectos porque Dios lo ha querido así y no porque la razón o el entendimiento de Dios hubieran reconocido previamente que no podía ser de otra manera. Para Descartes, la libertad divina no está limitada a priori por las verdades lógico-matemáticas. Dios las ha creado de la misma manera que ha

creado otras “verdades eternas” (las esencias de los seres, los valores morales). Su voluntad no sólo es originaria respecto de la existencia, sino también de la esencia de las cosas. Imagínense las consecuencias posibles de una transferencia de semejante concepción de la libertad y de la voluntad de Dios al hombre en un mundo que se ha vuelto ateo.

Por último, el pensamiento cartesiano es ejemplar de lo que hoy en día, para criticarlo, se denomina (por ejemplo, K.O.Apel) monologismo: la concepción monolágica de la razón y de la verdad. De acuerdo con ella, el individuo dotado de razón (que es universal y, por tanto idéntica en todos) no tiene ninguna necesidad de los demás (de diálogos, discusiones, confrontaciones...) para desarrollar el saber y acceder a la verdad. Le basta con seguir las reglas del método y extraer todas las consecuencias de las “ideas innatas”, es decir, de verdades a priori que lleva en sí mismo. De esta suerte, se impone la imagen del pensador o del sabio totalmente aislado en su torre de marfil y exento de preocupaciones sociales o políticas, que siente como distracciones perniciosas para la investigación de la verdad. Ésta sólo implica la experiencia reflexiva e introspectiva de la evidencia, experiencia que el individuo realiza en la soledad de la meditación y a la que se adjudica validez universal. Retirado en Holanda, Descartes evoca sus paseos meditativos “entre la confusión de un gran pueblo”: “No considero de distinta manera a los hombres que aquí veo que a los árboles que se encuentran en vuestros bosques. Ni siquiera el ruido de su agitación interrumpe mis ensoñaciones más que un arroyuelo” (Carta a Guez de Balzac, 1631)

El método se practica en la misma soledad que ha presidido su nacimiento: “Pasaba todo el día solo y encerrado, junto a una estufa, con toda la tranquilidad necesaria para entregarme por entero a mis pensamientos” (DM).

INTÉRPRETES

F.ALQUIÉ, H.GOUHIER, G.RODIS-LEWIS, BERNARD WILLIAMS